

ENI FURTADO NO HA DEJADO DE CORRER

Alicia Kozameh*

NOTA DEL EDITOR

Estos fragmentos que incluimos son un adelanto de la última novela de Alicia Kozameh, la cual será publicada por la editorial Alción en mayo de 2013.

Todo se enfría, en la noche. Y después, vos viste, porque en eso sos como yo, sale el solcito, a la mañana. Claro, si no llueve.

Es un poco raro empezar con lo del horizonte porque, la verdad, hay cosas más importantes. Pero es lo primero que se me viene a la cabeza. Vos me plantaste frente a este cuadernito, y bueno, a lo que venga. Mejor dicho: a lo que salga, si es que sale algo. Como vos de tonta nunca tuviste nada, sabés muy bien que no te lo puedo garantizar. Lo único: no me andés preguntando cuánto escribí. Si me apurás un poco no te escribo nada, y chau.

Pasaba después de que había bajado el sol, y cuando lo único que iba quedando era como el reflejo. Porque algo quedaba, de luz. Y como los edificios eran bajos, o no había edificios, uno podía ver esa línea larga, que abajo tiene un color más oscuro, y que arriba todavía tiene ese color entre rojo y amarillo. Esa línea que mejor no mirar mucho porque enseguida hace que se te cierre el pecho y que te pongas a llorar.

Qué línea, esa, nena. Uno la mira y se te viene encima todo. Pero todo: los recuerdos, los miedos, la locura que una tiene, y la locura que a una le falta. Para mí, cuando la miro sin pensar mucho, es una raya lisa, un renglón, línea recta, como te decían en la escuela. Pero si me quedo ahí con los ojos metidos en ese renglón, que además parece tan lejano, y al mismo tiempo me quedo enganchada en esa pregunta de qué habrá más allá, se me empieza a enrular, la línea se me llena de vueltas, de remolinos, de nudos, que se mueven de un lado a otro, de una punta a la otra. Cómo te explico: como si el horizonte se me encocorara. Como

* Escritora rosarina. Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Rosario. Exiliada en Estados Unidos por la última dictadura militar. Actualmente, se desempeña en ese país como docente y tallerista. Correo electrónico: AliciaKoz@aol.com

Gramma, XXIII, 49 (2012), pp. 198-212.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

si se me volviera loco. Y como si eso se me hubiera puesto más crudo ahora que cuando era chica. Debe ser porque una tiene más nudos acumulados, los nudos de las cosas que nos han pasado en la vida. Y ahí los tenés, se te aparecen todos, descarados que son, y te bailan, ahí, contra los ojos, desnudos, te saltan, como payasos, cosa de que los veas, cosa de que no te olvides de que están y están y están, pero mejor quedarse por acá, no acercarse mucho a la línea, mejor todo de lejos, no vaya a ser que se te quieran venir encima y estrangularte.

Mirá, mirá las cosas que me hacés pensar, vos, con las ideas que me tirás para lograr meterme en este lío. A insistente no te gana nadie. Ahora resulta que el horizonte tiene nudos, nudos que se te vienen encima y te estrangulan. Nada menos. Pero bueno.

La cuestión es que desde el auto veíamos esa línea, y no me parece que tu papá tuviera el coraje de mirarla. Ni tu mamá. Tu mamá, menos. Los dos iban mirando directo para adelante. Él manejaba y manejaba, y yo sentía como que iba con el aire del que nos llevaba a todos detrás, como si fuéramos la cola de un vestido de novia, blaaaaaanca y radiaaaaaante, ¿te acordás?, como si fuéramos los que están siempre oliéndole ya sabés qué a un presidente, a un rey, los que cumplen con las órdenes que él da. Así se lo sentía, muy, cómo te digo, lleno de orgullo. Desde atrás no se le veía mucho la cara porque iba tan seriecito y dándoselas de importante, sin mover la cabeza, pero a mí me hacía pensar que nos llevaba al mejor lugar del mundo, un lugar lleno de flores con la luna muy plateada, brillante, como papel de cigarrillos, o al peor de los lugares, al infierno, donde nos íbamos a quemar de arriba abajo, él también, él primero, por culpa de unas llamas inmundas que nos iban a dejar todos desfigurados, como si se nos hubiera pegado alguna peste y, encima de empestados, requemados y completamente muertos.

Y digo que él también porque a mí no me parece para nada que alguien que se lleva a todo un grupo de personas a morir quemadas en el infierno se pueda escapar de las llamas. ¿Cómo echás algo en el horno sin que te llegue algo de calor? Y encima, fijate, el infierno no tiene puertas. Así que o todos estamos afuera, o todos estamos adentro.

Bueno, total que el horizonte era como un círculo. Se lo veía a todo el rededor. El auto se movía, las cabezas de tu papá y de tu mamá, adelante, no se movían, y atrás la cabeza de la chiquita se movía, lenta, un poquito, y la tuya y la mía se movían rápido para aquí y para allá. Por ahí la línea se cortaba un poco con vacas y caballos que se le ponían por delante, a los costados, porque de frente estaba la ruta. Al final, muchas veces veíamos una línea llena de cortes. Era como ir

siempre metidos en un círculo de línea de puntos. Así se llamaba: línea de puntos. Digo, en la escuela.

Pero esas ganas de poner los ojos allí y clavarlos, que me empezó por esas épocas en que éramos tan chicas, en que empezábamos a crecer, me siguen. Me persiguen. Me tientan. Pero también me les escapo. Porque me parece a mí que lo que más me tienta es lo que más me duele, ¿sabés? Qué pena que una sea así. Con todo lo bien que una podría pasarla olvidándose de lo que sigue haciendo daño.

No sé. Me parece que esto no tiene pies ni cabeza, porque no es que lo esté pensando demasiado, la verdad.

La que no se llevaba muy bien con el horizonte era la lluvia.

Íbamos en el mismo auto, ése como *Jeep*, no sé a dónde. Tu papá siempre nervioso, como rígido, llevándonos al infierno, siempre pienso, y tu mamá tensa como elástico de bombacha de gorda, al lado de él, y nosotras tres atrás, confiando. La chiquita bamboleándose entre nosotras dos, y yo cada tanto perdiéndome en tratar de encontrar ese horizonte que se me desaparecía detrás de la lluvia que caía sin parar. Era un juego pensar que el horizonte estaba desesperado porque sabía que algo lo tapaba, desesperado porque sentía que lo estaba enterrando algo que tenía mucha fuerza, y al mismo tiempo imaginarme que la lluvia peleaba para no dejar que el horizonte volviera a su lugar, para no dejar que yo pudiera verlo de nuevo. Se peleaban por mí. El horizonte y la lluvia se peleaban por mí. La línea, el renglón redondo que encerraba al auto, se escondía detrás de esa lluvia. Y me acuerdo de la voz de tu mamá: Manejá más despacio, más despacio. Si no lo hacés por nosotros por lo menos pensá en la chiquita y en Alcira. Y la otra también es nuestra responsabilidad, no te olvides de eso. Lo que decía tu vieja se oía más como el chrrrrrrrr, chrrrrrrrr de un serrucho que como palabras, que como una voz, de tantos nervios que tenía, la pobre.

Cómo desaparecía el horizonte, Alcirita, con la lluvia torrencial. Yo lo buscaba, lo buscaba, adelante, por las ventanillas de los costados del auto, pasaba por encima de la chiquita para mirar por tu ventana, giraba el cogote como un gato para mirar por el vidrio de atrás sin mover el cuerpo, para no perderme nada, como si el cuerpo pudiera ver, o porque pensaba que me iba a tomar menos tiempo volver la cabeza para adelante si dejaba el cuerpo quieto, pero nada, nada. Ningún horizonte. Todo lo que se podía ver era agua cayendo. Y qué alivio, nena, qué alivio. Porque entonces no tenía que andar preguntándome qué había más allá, después de la línea redonda y enorme. Me acuerdo de que, cuando veía que

no lo encontraba, algo se me aflojaba adentro, se me tranquilizaban los brazos, las piernas, las manos. La panza, se me tranquilizaba. Y me venían ganas de reírme. Y entonces otra vez se me ocurrían cosas como que estábamos metidos todos adentro del círculo que no veíamos, y también adentro de un círculo más chico, el que la lluvia armaba alrededor del auto, tan ruidoso y que no terminaba nunca. Y me hacía la pregunta de cuántos círculos más habría alrededor de nosotros, del auto, y si no sería que las vacas y los caballos que veíamos cuando había sol estarían bailando entre el horizonte y la lluvia, agarrados de las manos, en una ronda, contentos de la ducha que se estaban dando, o tratando de disimular el miedo por no tener una casa donde meterse con tanta agua cayendo.

Al final uno se pasa la vida tratando de disimular el miedo.

Esto, sin contar los sueños, las pesadillas. En los sueños veía un campo inmenso, y yo iba cruzando ese campo, y veía que en el horizonte, al final, había una parte oscura, que era una arboleda, una arboleda que parecía montañas, muchas montañas. Yo sabía que tenía que llegar hasta allí y que tenía que cruzar esa oscuridad, eso que parecía hecho de rocas, árboles oscuros, montañas, pero no sabía qué había del otro lado. No podía soportar la angustia, en medio de la noche. Tantas de estas angustias, tenía en esa época. Después, con los años, muchos años, cuando conozco la Biblia, ya se me fueron yendo esas tormentas que no me dejaban en paz.

Toda la fuerza que le puse a tratar de olvidarme de todo esto, cuarenta años empujando y empujando tanta historia contra el fondo de mi cabeza para que nunca saltara, y vos que te me aparecés así, sin aviso, Hola, ¿puedo hablar con Eni?, como si la vida se hubiera quedado parada en Rojas, allá donde se desarmó. La cosa es que los pedazos que quedaron, rengos, arrastrándose, a los tropezones, no sé cómo, pero no dejaron de andar, Alcira. Alcirita.

* * *

—¿Hola?

—Sí, buenas tardes. ¿Podría hablar con Eni, por favor?

—¿Quién le habla?

—Le habla una amiga.

—Qué amiga, le habla.

—Una amiga de la niñez.

—Qué amiga de la niñez.

—Eni, ¿sos vos? Eni, escuchame: habla Alcira.

—¿Quién?

—Alcira.

—Qué Alcira. No sé quién me habla.

—Eni, soy Alcira. La Alcira de Laboulaye. De Pergamino. De Rojas. La Alcira de tu niñez. Alcira Asami.

—Alcira... ¿Y esto? Pero cómo, cómo pasó esto. ¿De dónde saliste? ¿Desde dónde me estás llamando? Y cómo me encontraste. ¿Cómo fue que me encontraste? ¿Estoy soñando, yo, o qué?

—Te busqué, Eni. Te busqué como loca. Pero sola no pude encontrarte. Me ayudó alguien de Laboulaye.

—¿Alguien de Laboulaye? Pero nena, hace mil años que no estoy en Laboulaye. Que no voy. Se ve que estabas desesperada por encontrarme, ¿no? ¿Me podés decir qué necesitás? ¿Tan desesperada, estabas?

—Muy.

—Y por qué. Por qué.

—Ahora te cuento. Pero primero que nada escuchame bien: quiero que sepas que te quiero, que te quiero mucho, que te he extrañado horrores, y que tengo enormes, pero enormes ganas de verte, de abrazarte fuerte y de recuperarte. No sabés cuánto quería escucharte la voz. No tenés idea.

—Y eso por qué. ¿Por qué tanto, me podés decir?

—Porque sé todo, Eni. Sé todo. O sé mucho, para no exagerar. De una cosa estoy segura, y eso es que no sé lo suficiente.

* * *

Como cuando el cielo está oscuro, con esa oscuridad maciza, pesada, que parece más un pozo en la tierra, enorme, un pozo enorme y profundo cavado en una llanura, si todos estuviéramos colgados de los pies y con la cabeza para abajo, como cuando las nubes son de tormenta y parece que el mundo está a minutos de estallar, de terminar para siempre en medio de lluvias torrenciales, truenos, rayos, que todavía no se oyen pero están ahí, ahí, a punto, y el aire se siente eléctrico y tenso, y como cuando, con un cielo así como te lo digo, de pronto algo cambia, se abre una rendijita muy finita en medio de la oscuridad terrible de las nubes y aparece un rayito de una luz que parece enferma, que parece de otro mundo, que da esa como duda sobre dónde está uno parado, si es que uno está parado,

una luz que llena de angustia, de pena, o tristeza, como la quieras llamar, que te satura de ganas de llorar, y que te confunde tanto, pero tanto, porque se supone que la luz es siempre luz, venga como venga, y entonces ilumina, y así tiene uno que tomárselo y aceptarlo, aunque no es cierto, te digo que no es cierto, porque luces como ésta te dan ganas de pensar que es mejor estar muerta que verla partir el cielo en dos, un cielo del que parece que va a surgir el Señor, el Señor con Su voz y Su Palabra, algo que será muy bonito, no te voy a decir que no, pero quién quiere verlo, quién quiere tener que verlo y entenderlo, quién quiere estar, al final, en el medio entre ver surgir al Señor de entre los Cielos y tener que explicar lo que nadie te va a creer aunque te pases la vida convencida de que no estás loca y tratando de que otros te lo crean. O guardándotelo bien guardadito, porque si abris la boca te tildan de chiflada. Y ahí sí que no sé qué es peor, si largarlo o esconderlo. Y bueno, así, como debajo de un cielo así, fue que me sentí cuando me llamaste la primera vez, después de tanto, tanto tiempo.

Cuando cortamos me senté, me desplomé, mejor dicho, en un sillón que tengo en la sala, bien ancho y blandito, y aunque el sillón estaba quieto y en su lugar a mí me parecía que yo estaba metida en una licuadora y que alguien que eras vos había apretado el botón para hacerla funcionar. Me miraba las manos y pensaba: ¿qué hago ahora con estas manos? Y con estas piernas, ¿qué hago? ¿Para qué me sirve este cuerpo? ¿De quién es, me pregunto, este cuerpo que tengo? ¿Por qué algo puede llegar de cualquier lado y desparramarle a uno la sangre por aquí y por allá, como si ese algo fuera el dueño de mi cabeza y de mis piernas y de mi cerebro? Uno no es de uno mismo, yo pensaba. ¿De quién es uno?

Cuando ya tenés todo tan enterrado no querés saber nada del asunto. No te voy a negar que me puse un poquito contenta. Estaba tan sorprendida, no lo podía entender, porque todo, tu voz, tus palabras, y todo lo que me traían a la cabeza era ese cielo espantoso, el recuerdo de tu papá. Todo se me mezclaba con él. Después de esa primera conversación, que duró más de dos horas, yo no podía hablar, no tenía más ganas de hablar de nada, todo me daba vueltas a mucha velocidad, tenía una revolución adentro de la cabeza y del estómago, y no podía imaginarme que me fueras a llamar otra vez en cualquier momento. Y, si no me llamabas, mejor. Me sentí muy, pero muy molesta.

Nunca había hablado de estas viejas historias con nadie. Jamás.

¿Te acordás de cuando éramos chicas y vos te ponías a picar papel de diario bien finito y lo metías en un balde con agua, le agregabas harina, y lo dejabas ahí por días y días hasta que hacía un olor asqueroso, y cuando ya nadie podía

soportar más el olor te ponías a amasar esa cosa inmundada, y después inflábamos un globo y vos apretabas la pasta contra el globo, y la aplastabas y la aplastabas, hasta que terminabas de cubrirlo? ¿Te acordás de que vos llamabas a eso hacer una cabeza de papel maché? Después, cuando se había secado, pinchabas el globo en un lugarcito que había quedado sin cubrir, que estaba donde tenía que estar el cuello, y tironeabas del globo y lo ibas sacando todo. Cuando no se te hacía añicos, porque la verdad es que eras bastante brutita para tironear, a la cabeza le pintabas ojos, boca, pelo, y jugábamos con eso. Bueno, como esa pasta gris y olorienta que aplastabas contra el globo yo había aplastado contra la parte de adentro de mi cabeza todo lo que vos, con tu llamado desde tan lejos, despertaste otra vez. Y donde había el pastiche de porquerías aplastadas creció un animal raro, una especie de cangrejo de forma peligrosa que no dejó de atacarme a cada minuto. Así que hablé con mis hermanas. Porque a alguien tenía que decírselo. Ellas se acordaban muy bien de vos.

Yo creía que nunca más nada de eso iba a reaparecer en mi vida. Y ellas me dijeron: Sea lo que sea, ¿qué culpa tiene Alcira? ¿Qué culpa tiene? Ella quiere saber. Tenés que hablar con ella, seguir hablando. Al final, como siempre, todo se juntaba con la Palabra de Dios. Yo decía: no tengo por qué traer lo de ayer al presente. El Señor me limpió, me perdonó, yo perdoné. ¿Por qué tengo que traer el pasado al hoy? Pero sí, al final todo sale a la luz, nada queda escondido. Y vos querías saber, y tenías derecho. Hice un esfuerzo muy grande, seguí hablando con vos cada vez que llamabas, y lo fui superando. La oscuridad de ese cielo que me ahogaba se fue yendo, yendo de a poco, como si las alas de un ángel enviado por el Señor pintaran las nubes gordas y negras con pintura de oro y con los brillos del sol del amanecer.

Pero bueno, eso fue después. Lo primero que te digo es lo más importante. Es cómo yo me sentí cuando me encontraste, que era lo que querías que te dijera, ¿no? Si le erré el tiro, decime, que te lo explico otra vez.

* * *

Te achicás, estúpido. Pedazo de pelotudo. Te fruncís hasta quedar como una ciruela seca. No una pasa de uva. Demasiado chica, una uva. Ciruela pasa, eso soy. Eso es este tipo que soy. Eso es este que me jode, y me jode, y no termina de joderme. Qué vas a decirles a los que te pregunten por qué te decidís por irte. Que voy a volver. Eso, les voy a decir. Y sin mentir. Porque voy a volver.

Tarde o temprano. Son menos problema los Estévez, los Martini, los Perris, mi hermano y los demás, que Ruth. Y ya dije sí. Encima ya dije sí. ¿No te habrás apurado demasiado?

Si por lo menos las baldosas de esta vereda fueran de algún color. Con lo grises que son. Ir y volver. Ir y volver. Del banco a casa. De casa al banco. Por las mismas calles. Las mismas cinco cuadras. Porque, ¿qué otro camino voy a tomar? ¿Qué otro, que sea realmente diferente?

Este idiota que soy. O que no soy. Este idiota. Se achica. Y se despluma. Se le desprenden las plumas de colores. En dos segundos pasa de pavo real a gallina lista para el puchero. Y bueno. Porque ni que fuera el único. Tenemos varios, por los alrededores. Y más allá, también. Por empezar, ese narigón lentudo con culos de botella que dice ser el presidente de los argentinos. Ya se le va a terminar el brillo, a ése, también. La historia le va a arrancar todos los plumajes y va a quedar sangrante y al descubierto. Revoltijo de plumas de colores, para que todos nos podamos divertir de lo lindo. Ya ves, Julito. No sos el único. Presidente de los argentinos. Ajá, justamente. Desarrollismo. Pero mirá vos, che. Qué interesante. Lo que sí le vendría bien sería desarrollarse bien el orto, para tener alguna protección cuando le caigan con el palo.

Y hablando de palos: cómo le largo el palazzo a Ruth. Quién quiere andar cambiando de casa, de ciudad. Llevarse todo. Nadie, quiere. Empezando por vos, Julito Asami. Ciruelita. Ciruelito. No. Ciruelo, no. Ciruelo es el árbol. Ciruelita macho, digamos. Pero sube el sueldo, ¿no? Eso la va a entusiasmar, a Ruth. Al fin y al cabo todas esperan lo mismo: guita. Para los vestidos. Los zapatos de taco alto. Los sombreros. Y las medias de nylon, que al final no hacen más que hacerse mierda en la primera postura. Y ¿quién las paga? Ya sabemos quién las paga. Pero bueno. Peor sería tener que bancarse a la mujer de uno con esas medias llenas de agujeros, de corridas. Como una loca de la calle.

Y con las nenas. Un lío. Siquiera la chiquita pudiera caminar un poco, como para que se nos facilitara el movimiento. Porque la piba es, la verdad, una valija más. Una valija que se caga encima.

Y, si no, ya sé. Ya tengo la solución: me lo charlo a Fangio. Eso. No ser amigo de uno así. Ese Fangio nos traslada de Rosario a Laboulaye en un cuarto de minuto. A ver qué. A ver qué prefiero: que nos cargue los muebles en el Maserati o que los acomode a todos en el Mercedes. Cuál me gusta más: mi Fangio Maserati o mi Fangio Mercedes. Mago, el Maestro. Mago. Es capaz de todo. Es capaz de levantar la casa completa en dos dedos y apoyarla suavemente en el rincón que él

elija del Maserati —a mí me da lo mismo cuál rincón, mejor me abstengo de hacerle sugerencias, al hombre— sin que se deslice ni una silla. Ni un adornito de mierda de esos que tanto le encantan a la ruterita. Y llegar a destino sin que ni él mismo se dé cuenta. Pero bueno.

Poco a poco. Tranquilo, Julito.

A ver. A ver cómo se lo digo. Se pone histérica, aquélla. Por cualquier cosa se sale de las casillas. Pero la reviento, si empieza a los gritos. Y vos sabés, Julito, que, en cuanto levantás la voz, se achica. Se achica igual que alguien a quien vos conocés muy bien, ¿no? ¿A ver? A ver: ¿de quién estoy hablando? ¿Como quién se achica, tu Ruth? Tu Ruthita, tu ruterita. ¿Eh? ¿Cómo quién? Como éste. Este que sos vos. O qué creés que sos.

Mm. Mirá eso. Mirá. Se cayó de un nido. Transparente. La piel tan transparente. Se le ve todo, por dentro. Recién salidito del huevo. Chau. Terminó rápido la historia de su existencia. Ni tiempo a que le salga la más mínima plumita. Menos mal que Alcirita no anda conmigo. Tendría que zamparle un flor de cachetazo para calmarla. Ayyy, está muerto, papá. Ayyy, tan chiquito. Ayyy, papá, no quiero que esté muerto. Hacerlo vivir de nuevo, papá. Ayyy. Otra loca que tiene a quién salir. Ya se le ve, pendejita y todo, cómo va a terminar.

La que se viene, ahora. La que se me viene. La que vas a tener que enfrentar, mi querido Julio Jorge. Porque, te guste o no, sos este que está aquí. Un momento: ¿estás seguro de que sos este que está aquí? ¿Aquí dónde? Éste. El que va caminando, taconeando, porque es macho, por el pasillo interminable de esta casa de departamentos que alquila para vivir con la familia. Con su traje marrón oscuro, su camisa blanca y su corbata última moda, bien delgadita, petitera, fondo marrón y con motivos geométricos color borravino. Éste. Este mismo. El que sabe que no va a ser fácil lo que viene a partir de ahora, en que tu mujer está oyendo el taconeado contra las baldosas del pasillo, ese brillito de los zapatos lustrados a puro cepillo de crines genuinas, a pura gamuceada para el toque final, que no oye pero presente, porque escuchame bien, y tenelo en cuenta, Julito, los brillitos no se oyen. Nada de cosas raras, esotéricas, aquí. No hay brillo que entre por los oídos. Así que ojo. Este momento que ya llega en el que ella te abre la puerta para hacerte las cosas más fáciles porque volvés después de un día de trabajo agobiante y, de paso, para tratar de amortiguar los gritos con que solés inaugurar tu llegada. O sea: lo hace por ella, no por vos. Te abre la puerta, te mira, tensa, tensa de su propia tensión, y capta la tuya, que es la misma pero no por eso compatible, y ya está, ya está, ya la cagaste, Ruth, ya la cagaste, te repetí mil

veces que no me hagas esa pregunta estúpida, siempre la misma: Ay, ¿por qué traés esa cara?, Ay, ¿tuviste problemas en el trabajo? No. No tuve ningún puto problema, y preparate para empacar porque nos vamos.

—¿Qué?

—Que nos vamos.

—Nos vamos a dónde.

—A Laboulaye.

—Y eso qué es.

—Un pueblo. Provincia de Córdoba. Al sur.

—Por qué nos vamos. De qué estás hablando.

—Estoy hablando del escalafón. Y se terminó. Me aumentan el sueldo.

—Yo no me muevo de aquí. De Rosario no salgo. Y con la chiquita inválida, y todo eso. ¿Estás loco? Ya lo dije: no me muevo.

—Ojo con lo de loco. Mucho ojo. Y no te pregunté si nos vamos o no. ¿O no te das cuenta de que nadie te está preguntando nada? ¿No ves que no hay preguntas, acá? Y dejá de histriear. ¿O querés que nunca salga de pinche, de auxiliar común y silvestre?

—Yo no me voy.

—El sí ya está dado. Nos vamos en tres semanas. Y dejate de lloriqueos. Parala. Parala o te atenés a las consecuencias. ¿De qué tenés llena la cabeza? ¿De aserrín? ¿Eh? ¿Qué es lo que no entendés de lo que te estoy diciendo?

* * *

Debo haber tenido buena memoria, de chica, porque me acordaba de todo. ¿Cómo me iba a acordar de los versos que nos enseñaban en la escuela, y pararme en la cama, como vos decís, en medio de la noche, dormida, y recitarlos completos, si no tenía buena memoria? Ahora uno se acuerda de la mitad de las cosas. Con tantos hijos y nietos, con tantos nudos yendo y viniendo por el horizonte. Claro que a los hijos y a los nietos más los veo como moños que como nudos. Pero por eso mismo uno está siempre pensando en ellos. Eso te va sacando a mordiscones pedazos de aquí y de allá, de la cabeza, digo, y como que te vas quedando con menos.

¿Y la vez que me desperté en medio del patio de la casa de Rojas porque vos, tu mamá y tu papá estaban gritando del susto? La única que faltaba ahí era la chiquita de la familia, para completar el griterío, pero ella, claro, no participaba

de nada. Ni tampoco nunca había gritado. Que yo sepa. Yo me acuerdo de las caras de horror de ustedes, tu papá en pijama, tu mamá y vos en camisón, y yo que no entendía qué estaba haciendo en medio del jardín, parada encima de las caléndulas que había plantado el jardinero hacía poco. Hacía calor. Tu mamá, al final, me fue llevando de vuelta al dormitorio y me dijo que me había levantado dormida, que me volviera a la cama porque era la una y media de la mañana y que al día siguiente tenía que ayudarla con varias cosas antes del mediodía, antes de irme a la escuela.

Yo no tendría más de diez años, vos unos ocho, y ya corría detrás de mí misma fascinada por lo que mi cuerpo dormido y mi mente despierta, o a la inversa, percibían del aire que me rodeaba. Ja, tomá: me lo aprendí de memoria, nena. Suena bárbaro. Vos con tus ideas. Yo digo, a mí no se me ocurren estas palabras, pero me las puedo acordar una por una. Buen dúo, hacemos, vos y yo. ¿Y cómo seguía? Y vos, que te creías movilizada por mi carrera diurna y nocturna, desconocías que mi movimiento en realidad te paralizaba y te mantenía en estado de alerta y de estupor constantes. Yo, con mi tanta y mi escasa memoria, y vos, Alcirita, con tu memoria alborotada y fugaz, tan convencidas las dos de nuestras supuestas certezas. Ahora esas certezas tienen la consistencia de un pantano en el que nadamos juntas, en el que de pronto somos una, somos esa que no termina de entender que seamos una, esa que se agita en medio de ese pantano en el que escasea la audacia necesaria para definirnos una, boquiabiertas las dos, la una que somos, frente a las confusiones de cuarenta años después. ¿Qué querés decir con todo este palabrerío, Alcira? Qué complicada que sos, nena.

Fuiste vos, fuiste vos, te digo. Pero no, de dónde iba yo a sacar esa idea. ¿Y de dónde iba a sacarla yo, Alcirita? Te digo que fuiste vos. Yo te pregunté: ¿Por qué nos gusta el olor de nuestra propia caca y no nos gusta el olor de la caca de otros? Vos te pusiste muy seria, no hablaste más, y por varios días andabas haciéndote la ocupada, buscabas estar donde no iba a estar yo. Unos días después, mientras lavaba los platos, al final te acercaste, siempre muy pensativa, como enojada, tanto que me hiciste pensar que al final me ibas a decir que yo era una maleducada, una grosera, porque cómo andaba pensando y preguntando esas cosas, y, parada haciendo equilibrio sobre esas patitas de tero que tenías, dijiste: Porque el olor de la propia caca es el olor del alivio. Y te fuiste ahí mismo. Te fuiste rapidísimo. Te escapaste. Yo me apuré para terminar con los platos y fui a ver por dónde andabas. Estabas en el comedor dándole de comer a la chiquita, en la boca, y para qué lo aclaro, como siempre, una banana pisada con dulce de

leche. Yo te vi y entré corriendo y me paré ahí en frente de ustedes dos, y vos me miraste y nos largamos a reír. Cómo nos reíamos, Alciritita. Tanto nos reíamos que apareció tu mamá queriendo saber qué cosa mala le estábamos haciendo a la chiquita, como si hubiera pensado que siempre le estábamos haciendo algo malo. Y nunca le hacíamos nada malo. Nunca. Ahora, si lo pienso, la risa me parece rara. No sé de qué nos reíamos, la verdad, porque habías dicho una cosa que era cierta. Y no era cómica. A lo mejor nos reíamos de la pura alegría, porque habíamos descubierto algo. Descubrimos algo que era verdad. Y cuando uno es chico cada descubrimiento es así, da risa, ¿no? Bueno, algunos descubrimientos. El alivio. El alivio. Este olor, o cualquier otro olor, nos gustaría. La cosa es que con ese olor viene el alivio.

No. No y no. Yo te hice a vos la pregunta, Eni. Y fue a vos a quien se le ocurrió la perfecta respuesta. Porque dijiste eso y después te largaste con una reflexión exacta. Dijiste: Lo malo es que a las personas no nos gusta que los demás se alivien. Así de egoístas, somos.

¿Yo? No. A eso te lo habrás imaginado. A eso no lo dijo ninguna de las dos. Porque si alguna hubiera dicho algo así, ¿de qué nos íbamos a reír? Eso ya no era para reírse, Alciritita. No era para reírse. Y vos no me hiciste nunca esa pregunta porque, aunque eras un petardo, corrías de un lado para el otro, te escondías y aparecías otra vez, todo eso, la verdad es que te la dabas de educadita, y nunca hablabas de esas cosas. A lo mejor las pensabas, pero no las andabas diciendo. A mí se me ocurrían y no sabía cómo frenarme, cómo hacer para que no se me salieran por esa boca sucia que tenía. Las largaba en el momento en que se me aparecían en la cabeza. Ni pensaba en que algunas cosas no se decían. Y me daba mucha risa. Yo me moría de risa y a tu mamá se le fruncía toda la cara, se ponía dura como una piedra. Tu papá se reía de costeleta. Se hacía el que me retaba, pero se reía. Me parece que él se divertía porque era zafado como yo. Todo el tiempo andaba diciendo malas palabras y haciendo chistes ordinarios. Y tu mamá siempre con el que ya sabés qué todo fruncido, eso no se dice, lo otro no se dice. Pero éramos chicas. Y queríamos reírnos. Yo después aprendí. Vaya a saber quién me enseñó. A lo mejor las monjas de la escuela de Rojas. No sé. Pero empecé a tragarme palabras y más palabras. Y, al final, las palabras que uno se traga son las de la rabia, las del enojo, las del dolor, las de los nervios. Y así es como vienen los empachos, nena. Y lo peor es que encima, después, viene una vieja a tirarte del cuerito, que termina dejándote toda la espalda roja de tanto pellizcar. Cómo las odiaba, yo. Cómo lloraba cuando aparecía alguna que mi tía iba a buscar para

que la despachara. O que mi mamá llamaba. Aunque la empachada no fuera yo y sólo me tocara mirar.

* * *

(Mirá, escuchá bien, chiquita de la casa: hay muchas personas en este mundo, la verdad. Pero para hablar como si una no supiera lo que quiere decir, sin elegir cada palabra, hay que encontrar a alguien perfecto. Alguien que no escuche, que no entienda, que no pregunte, que no conteste, y que además esté muerto. Y, además, que no sea una misma. ¿Sabés por qué? Porque lo mejor es que a una no le dé vergüenza decir todo. Y muchas veces es fácil sentir vergüenza de lo que uno piensa, o hace, o hizo antes. Por eso una no se lo cuenta a una misma. Pero así es diferente. Yo no soy vos, vos no sos yo, y bueno, no sos como un espejo. Sos como una olla de metal. Pero de un metal opaco, que cuando una acerca la cara para despacharse con todo, para largar hasta lo último, no refleja nada. Y será cierto que los muertos están más vivos que los vivos, pero es más fácil pensar que no la van a joder a una con preguntas. Y como además vos no podés razonar, ¿qué preguntas me vas a hacer? ¿No te parece? Ninguna. Bueno, me imagino que ninguna. Porque la verdad es que nunca se sabe. Nunca, nunca se sabe. Porque andá a saber si en una de esas no se te ocurre aparecerte aquí, esqueleto como estás desde hace tantos años, y empezás con eso de qué estás pensando, cómo te atrevés, de dónde sacaste esas ideas, como mucha gente viva, y que puede pensar, dice todo el tiempo. Que al final son unos podridos. Eso, son. Porque lo único que buscan es que adentro, a una, se le forme una piedra. Llena de humedad, y que junta moho y musgos resbalosos, toda esa capa verde. Y que una tenga que estar arrastrándose con esa piedra adentro del pecho, del vientre, que encima no es de esas piedras que se quedan del mismo tamaño, sino que nunca terminan de crecer. Y claro, más pesados andan unos, más livianos andan otros.

Quiero decir: no es que en el mundo haya más o menos peso, según las épocas. El peso que el planeta anda arrastrando es siempre el mismo. Porque cuando no es una guerra, es otra. O cuando no hay una injusticia, hay otra. O cuando no hay un robo, hay otro. La cosa, chiquita de la casa, es cuántos van cargados de todo ese peso, y cuántos no. O a quiénes les toca. Porque todo el mundo se la pasa esquivando y rajándole a esa piedra llena de moho. Y los que le encajan el peso a otros, son muchos. Y son una clase de personas que no tienen consideración ni respeto por nadie ni por nada. O sea que son unos reventados, unos hijos de puta.

Alcirita me dijo que un día te moriste. Y que te pusieron uno de esos camiones que te hacía tu mamá. Bueno, de los que de chicas nos hacía a las tres. Que tenía puntillas en el cuello, dice Alcira. ¿Te acordás? Claro, cómo no te vas a acordar, si lo tenés puesto. Ay, chiquita, que no se te dé por despertarte, ahora que te estoy hablando tanto. Y si te despertás y se te ocurre aparecerte aquí, no vengas como puro esqueleto, por favor. Por lo menos dejate el camión puesto. No se te dé por andar jugándola de distraída y hacer lo que no hiciste nunca antes: mostrar el culo y lo demás. Espero que la muerte no te haya cambiado tanto. Nunca nada es igual, pero depende de uno cuánto cambia y cuánto se pueden mantener las cosas como estaban. Claro, depende de qué cosas. Pero lo mejor que podés hacer ahora es quedarte donde estás. Aunque no sé dónde estás, mejor no te me acerques ni para decirme cómo te está yendo. Porque ahí sí que me va a venir todo el cagazo junto. Porque, sí, una necesita un poco de paz. Y de andar buscándola una no tiene tiempo. Si llega, no se la rechaza. Por eso te digo. Y yo sé bien esto porque el tiempo va pasando, va pasando, y no te creas que pasa como si fuera una brisita. Es un desgraciado, este tiempo de mierda. Es más como un huracán. Y a veces es como si el huracán llevara clavos de punta, cuando sopla. No te tengo que explicar con qué fuerza se te clavan. Así que el tiempo va pasando, como te digo, y entre el viento, los clavos, y cómo se te queda la casa sin techo por esto de que un huracán arrasa con todo, al final ni cuenta te das cuando llegaste al día de hoy. Pero hay unos agujeros que aparecen entre ventarrón y ventarrón en los que una puede pensar un poco. No es que sea paz, la paz que una espera que un día llegue, esa paz que yo me imagino como una princesa vestida toda de blanco y con una corona cubierta de perlas también blancas, pero es más bien algo así como un tiempo sin clavos incrustándose en el cuerpo. Y sí que se lo puede usar un poco para tratar de entender, para tratar de ver en la mente algo de la vida, la vida que una quiere, que, bueno, sí, ya sabemos que es nada más que un sueño. Pero se lo puede usar sobre todo para tratar de comprender por qué tanto ventarrón.

Y para entender por qué tanto ventarrón, chiquita de la casa, hay que ser valiente. Nadie entiende nada si no es corajudo, si se le tiene cagazo a la verdad. Y para plantársele firme a la verdad, te digo, hay que sentir que uno charla con alguien como vos. Así que, de todo esto, silencio. De esto no se entera Alcirita ni absolutamente nadie. Con ella yo no puedo hablar claro, ni puedo tener yo misma las cosas claras. Vos sabés cómo te convence de cosas y cómo embadurna todo con lo que a ella le gusta más. Le digo algo, ella me mira, y ya está, se envició todo. Así que no hay cómo. A esto que puedo decirte a vos, ella nunca lo va a

saber. Porque para que lo supiera tendría que meterse adentro de mi estómago. Y eso es imposible. Que Alcirita se quede con lo que sabe. Y no está tan mal, te digo, porque sabe bastante. Un poco por todo lo que le dije yo, y otro poco por lo que ella sola puede ver. Igual, mucho, mucho que digamos, no podemos conversar. Ella me cuenta, yo le cuento, pero hay unos momentos en que, si nos miramos a los ojos, como cuando ella siente que necesita un tirabuzón para sacar más, todas las ideas salen tan rápido, y todas las verdades se notan tanto, que da miedo. Es como si nos estuviéramos diciendo todo lo que uno no dice jamás. Entonces, no. Mejor no.

Qué bueno, chiquita, que vos te hayas salvado de los tipos. Unos asquerosos. Mala gente. Qué suerte que no hayas tenido que conocerlos. Porque, te digo, una vez que se les entra a los hombres, siempre hay que tenerlos frente a la cara de una. Vos lo único que siempre tuviste delante tuyo fue ese hilo de baba que te caía y te caía. La verdad, estabas casada, pero con tu propia baba. Y no te perdiste nada: los hombres no son mejores que un hilo de baba cayendo de la boca de una persona que no entiende nada de nada de nada. Y tu papá es uno de éstos. Era. Bueno, no sé. Parece que todavía es. Aunque esté tan, pero tan muerto como vos.

Y tu hermana, qué cosa rara, estaba ahí, con nosotros todo el tiempo, pero por momentos era como si no hubiera existido, para mí. Y tu papá, no sé, no sé, era esa nube negra, ese taconeo en las baldosas cuando atravesaba la casa, como si hubiera tenido que avisar que venía entrando, que cuando él llegaba la cosa cambiaba. Hasta las moscas tenían que enterarse. Hasta las moscas. Porque, ¿te acordás cómo las perseguía con el matamoscas de plástico? No, qué te vas a acordar. Qué te vas a acordar.